

# Yo no creía en nada

Michel Kohn



## YO NO CREÍA EN NADA

Recientemente escribí un libro sobre el camino que transcurrí (y sigo haciéndolo) para acercarme a Di-s y a la Torá. Es que “Yo no creía en nada” y quise compartir mis anécdotas y experiencias que me llevaron desde no creer ni en Di-s ni en la *Torá* a ser ahora un “fanático”, como quien dice...

Para mí, sencillamente, nada de eso era verdad. No tenía ni lógica ni sentido. Era todo lo contrario: una “cárcel” que consistía únicamente en prohibiciones para someter a una persona a la esclavitud y dejarlo sin libertad de elección, convertirlo en un ser no pensante por el que todas las decisiones importantes ya habían sido tomadas con anticipación, o un camino que decidían tomar algunos que querían refugiarse en una ilusión para no enfrentar la realidad.

Pero el hecho de no creer no quitaba que fuera un Judío legítimo (era Judío de nacimiento como lo expresa la Ley: “el que nazca de vientre Judío es Judío”). Tenía conciencia de las tradiciones y las cumplía, compartía la cultura y me sentía perteneciente a un pueblo lleno de una rica historia y valores, pero eso no requería, necesariamente, creer en un Di-s y cumplir con una lista de leyes anticuadas, y en muchos casos, para mí, ilógicas. Pensaba que lo importante era ser buena persona, ser educado y ayudar a los demás; compartir con mis seres queridos y construir una bella familia con buenos valores; trabajar honestamente y ser activo en la comunidad.

Así fueron las primeras dos décadas de mi vida, sin creer o cumplir con el enfoque Judío religioso. Excluyendo el *Brit Milá*, el *Bar Mitzvá* y alguna que otra festividad para estar con la familia, no dediqué más que unos minutos a la observancia religiosa del Judaísmo. Es decir, tenía una vida plenamente mundana, regida por valores universalmente aceptados y mi relación o vínculo con el Judaísmo era meramente cultural, eso sí, tenía hermosas tradiciones.

Como cualquier joven que es influenciado por el mundo moderno en el que nos encontramos, su tecnología y sus facilidades (donde todo está al alcance de una llamada o de un video en internet), mi dedicación y mis metas eran amasar una gran suma de dinero que me posibilitara llevar una vida de millonario, viajando por el mundo, invitar a amigos a mi yate y organizar fiestas “de película” (entre otras, que muchos jóvenes contemporáneos conmigo tienen similarmente). No me malinterpreten, por supuesto que quería tener una vida familiar, criar hijos educados y con buenos valores, trabajar duro para tener una vida honrada, ser buena persona y ayudar a los demás, activar comunitariamente, hacer deportes y obtener buenas calificaciones, como dije anteriormente. Lo “normal” como quien dice. Por supuesto que sí. Pero todo eso era, como solía decir: “para más adelante, a los 30 años o por ahí...”

Así fueron los primeros 20 años de mi vida, sin creer en un Di-s (al que, de existir, me lo imaginaba con barba blanca y una lanza en la mano) y teniendo los mismos pensamientos y dudas acerca del Judaísmo, inclusive más afianzadas. No parecía que algo pudiera cambiar el rumbo que estaba tomando mi vida, pero como la mayoría de las cosas que pasan en el mundo suceden sin preguntarnos, así fue como ocurrió un acontecimiento que marcó y transformó mi vida por completo: la madre de mi mejor amigo falleció.

Este hecho hizo mucho más fuerte mi creencia en la ausencia de un Di-s, porque me hizo preguntarme: “¿cómo es posible que exista un Di-s si pasan estas cosas? ¿Qué clase de Di-s permitiría que un niño tan joven se quede sin madre?” Acostado en la cama, en la que pasaba horas y horas tratando de dormir, no dejaba de pensar acerca de temas de la vida y de la muerte, me preguntaba ¿qué pasaba cuando la muerte nos llega? ¿cuál es el propósito de la vida? (si es que había alguno), ¿para qué trabajamos? ¿para qué todo este disfrute y risas? ¿para qué vivimos si a la final nos vamos a morir...?

Con todas estas dudas existenciales en mi mente, terminó la *Shivá* y empezó el año de luto que tanto mi amigo como su familia debían cumplir para elevar el alma de su madre... “¿Y yo? ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Qué hago con todos los sentimientos, pensamientos, reflexiones, dudas y preguntas que surgieron esta semana?... ¿Qué hago con estas ganas que tengo de saber y de conocer, de encontrar respuestas?... ¿Qué hago con este llamado interno que surge con una fuerza que nunca antes había sentido?... ¿Es una opción sólo dejarlas de lado y seguir con mi vida?... ¿Todo terminó solo porque terminó la *Shivá*...?”

No fue sino hasta el día siguiente que pude responder la pregunta de qué es lo que tenía que hacer: sentí un gran impulso, algo dentro de mí, algo que no sabía lo que era me decía que tenía que seguir, que continuara preguntando, cuestionando y buscando el sentido y razón de nuestra existencia... Que buscara la verdad.

Me propuse el reto de investigar, de una manera honesta y objetiva, si existía un motivo o no para nuestra corta estadía en este mundo. Decidí seguir el llamado interior y el desafío que me había propuesto, así que comencé a asistir a distintos *shiurim*, charlas con Rabinos y citas privadas, a la par que leía muchos libros del tema... Pero aun así, después de casi dos años de estudio y un sin fin de preguntas sin responder, después de horas sin dormir, debates con Rabinos y profesores, después de dos años de cuestionar, preguntar, estudiar y reflexionar, seguía pensando que no existía Di-s.

Pero un día, debido a mi incesante deseo de encontrar la verdad, escuché un ejemplo en un *shiur* que cambió mi vida para siempre...